LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 9 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 441

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CASTO PLASENCIA

LAUREADO PINTOR

Nació en Cañizar (Guadalajara) en 1846; † en Madrid el 18 de Mayo de 1890 (Según fotografía del Sr. E. Debas)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CASTO PLASENCIA

Nació Casto Plasencia en Cañizar (Guadalajara), y niño todavía, quedó huérfano sin más fortuna que el honrado nombre que heredara, ni más amparo que el del cariñoso amigo de su padre el general Sandoval y Arcaina. No quiso el bondadoso protector contrariar las inclinaciones que desde muy joven demostró Plasencia por la pintura, y renunciando á la idea de darle una carrera científica ó literaria, le matriculó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, viendo recompensada su solicitud con los rápidos progresos que en el estudio del arte hacía su protegido. Veintidós años contaba éste cuando la muerte de Sandoval sumióle en nueva orfandad; al poco tiempo, el ministro de Fomento suprimía la modesta pensión de mil pesetas anuales que su antecesor, el marqués de la Vega de Armijo, le había señalado. Tras unos años de esfuerzos ímprobos y de fatigosos y mal remunerados trabajos, y con ocasión de sacarse á oposición dos plazas de la Academia Española en Roma, que acababa de fundar para bien del arte y con aplauso unánime D. Emilio Castelar, Plasencia obtuvo su primer triunfo consiguiendo que el Jurado por unanimidad le concediera uno de aquellos disputados puestos. Sus envíos desde Roma le valieron las mayores recompensas que otorga el reglamento de la Academia: al tercer año de su residencia en la ciudad eterna, pintó su famoso lienzo *Orígenes de la república romana*, que mereció primera medalla en la Exposición Nacional de Madrid de 1878, y tercera medalla y la cruz de la Legión de Honor en la Universal de París del mismo año.

A partir de aquel punto, la senda del arte fué para Plasencia un camino cubierto de flores y de laureles por donde muy pronto llegó al templo de la Gloria. Imposible tarea sería enumerar las obras, á cual mejor, que de su lápiz y de su pincel salieron: los preciosos retratos, entre ellos el de la malograda reina D.ª María de las Mercedes; los magníficos lienzos para el palacio del marqués de Linares, casi todos inspirados en poéticos asuntos mitológicos; sus preciosas acuarelas y cuadros de género, y sus lindísimas composiciones asturianas fueron el encanto de cuantos los vieron y son el orgullo de quienes han logrado la dicha de poseerlos.

Pero en donde se manifestó más potente su inspiración fué indudablemente en las pinturas murales que embellecen la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, y en las cuales estuvo trabajando por espacio de cinco años. ¡Cuántos primores, cuántas bellezas derramó en aquellas obras que harán imperecedera su memoria! ¡Cuán bien supo identificarse con la pintura religiosa, armonizando la delicadeza del sentimiento con el vigor de la pincelada, la grandiosidad de los asuntos y de las proporciones de los cuadros con la más pura corrección en el dibujo y con la mayor verdad y vida en el colorido!

Plasencia ha muerto habiendo hecho mucho; en pos de sí deja en el cielo del arte una luminosa estela que nada podrá borrar. ¡Quién sabe lo que su inmenso genio era todavía capaz de hacer! Que todo podía esperarse de quien como él era de los pocos pintores que tan dignamente supieron sostener en la historia del arte el buen nombre de la patria de los Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Viladomat, Goya, Rosales, Fortuny y tantos otros de gloriosa é inolvidable memoria.

El nombre de Plasencia quedará escrito con indelebles letras de oro en los anales artísticos españoles.

¡Descanse en paz el malogrado artista!

EL PINTOR WATTEAU Y SU AMADA

cuadro de Fernando Heilbuth

El rasgo característico de los cuadros de Heilbuth es la elegancia. Adepto entusiasta de la escuela romántica de Robert Fleury, diferenciábase de éste en que prefería lo suave á lo vigoroso, lo poético á lo dramático, lo elegante á lo varonil: de aquí que sus obras por estas condiciones y, además, por la regularidad de su dibujo y lo delicado de su colorido merezcan figurar al lado de las de Cabanel.

Heilbuth, alemán de nacimiento, era un afrancesado en materias de arte. Residente desde su juventud en París, en donde falleció hace poco tiempo, habíase identificado con el modo de ser de aquella sociedad elegante, que tan bien se avenía con sus aficiones y que por su misma frivolidad rebosa bellezas y gracias que difícilmente podrían encontrar en otra parte los artistas del género del que nos ocupa.

El pintor Watteau y su amada es una prueba de las cualidades que hemos señalado como características de Heilbuth: de asunto tierno y tratado con delicadeza suma, produce en el ánimo del que lo contempla una impresión dulce y agradable, superior, si cabe, al sentimiento de admiración que despiertan la naturalidad con que está concebido y á la maestría con que está ejecutado.

LECTURA DE LA BIBLIA
Y
UNA VISITA AL ANTIGUO HOGAR

cuadros de Davidson Knowles

Aunque de asuntos bien distintos, claramente dejan entrever estos dos cuadros las tendencias de su autor, el reputado pintor inglés Davidson Knowles. Predomina en ambos el sentimiento, más apacible en *Lectura de la Biblia*, algo más dramático en *Una visita al antiguo hogar*; uno y otro están cuidadosamente estudiados y ejecutados con raro acierto: se ve por ellos que Knowles sin descuidar las exigencias de la forma cifra buena parte del éxito de sus cuadros en la grata impresión que puede producir la idea en ellos envuelta. El sentimiento religioso perfectamente expresado en las dos figuras del anciano y de la niña, cuyos rostros revelan la atención y el respeto que les merece la sagrada lectura; el amor al hogar que nos vió nacer, reflejado en la interesante joven, en cuyo semblante se retrata la melancolía producida, quizás, por el recuerdo de los que ya no existen y que en aquella humilde vivienda le prodigaron las primeras caricias: estos dos sentimientos tan intensos en el hombre y tan admirablemente reproducidos por el artista, son demostración de nuestro aserto; es decir, que Davidson Knowles, sin dejar de rendir tributo á la escuela realista, déjase llevar en sus concepciones del sentimentalismo, que ha sido en todos tiempos inspirador de grandes bellezas.

PETIMETRE Y PETIMETRA

cuadros de R. Reinicke

Difícil sería encontrar dos figuras más lindas encuadradas por dos paisajes más hermosas que las figuras y paisajes que en esos dos cuadros nos presenta Reinicke. ¡Cuánta donosura en los dos tipos de los petimetres! ¡Cuánta poesía en los campos, testigos mudos de sus amores! Porque las dos pinturas no constituyen más que una sola composición y de la unión de ambas resulta lo que sin duda se propuso el pintor alemán, una sentida escena amorosa que cautiva el corazón, tanto como las condiciones estéticas de los dos lienzos recrean la vista.

El tema escogido por el pintor no puede ser más simpático. Una declaración de amor será siempre un bonito motivo para un cuadro, porque, aunque los tiempos cambian, ese sentimiento es siempre el mismo; lo que varía en él es el modo de manifestarse, que forzosamente se ha de ajustar á las necesidades, usos y costumbres de cada época. Por esto los novios pintados por Reinicke aparecen más ceremoniosos que apasionados, porque hasta en esos momentos supremos de la vida los impulsos del alma habían de sujetarse á las exigencias de la cortesía y de la severidad (más aparente que real, dicho sea de paso) que presidían en todos los actos humanos en tiempo de nuestros abuelos.

CORONA DE HIERRO

DEDICADA POR BARCELONA Y LA COLONIA ITALIANA BARCELONESA

Á LA MEMORIA DE DON AMADEO DE SABOYA

EX REY DE ESPAÑA

No hace mucho tiempo estuvo expuesta en los escaparates de uno de los principales establecimientos de esta ciudad la magnífica corona de hierro que en nuestro grabado reproducimos y que mereció de cuantos la vieron los mayores elogios.

Digna, muy digna de ellos es la obra de arte salida de los talleres de la casa Masriera y compañía, cuya firma es segura prenda de buen gusto en la concepción y de una ejecución acabada. Elegante en el conjunto y primorosa en los detalles, acusa excepcional habilidad en el artífice que ha sabido sacar todo el partido del metal de que está hecha. Las hojas y las flores que la componen están cinceladas con imponderable delicadeza y son de una verdad admirable.

Barcelona, queriendo honrar la memoria del que en su corto reinado tan gratos recuerdos dejó entre los españoles, y la colonia italiana, desando rendir un cariñoso tributo al que fué su caballeroso y estimado príncipe, han dado forma á sus nobles sentimientos enviando á Italia una obra cuajada de preciosidades artísticas. Nuestra ciudad, que tantas pruebas de afecto dió en vida al malogrado é inolvidable rey D. Amadeo I, ha probado, con ocasión de su llorado fallecimiento, que sus afectos no se entibian con la ausencia ni se extinguen con la muerte del que tan bien supo granjeárselos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

NÁUFRAGOS Y SALVADORES

cuadro de A. Morlón

(Salón de París de 1889)

Dos marineros y un grumete, náufragos de un barco de pesca, se han refugiado en una frágil balsa que las olas furiosas amenazan hundir de un momento á otro en los abismos del mar. Horas eternas de suprema angustia han pasado los infelices combatiendo los terribles embates de la tempestad desde su improvisada y débil embarcación; su muerte parece inevitable; de pronto divísase á lo lejos la lancha de salvamento que habiéndoles visto desde la vecina costa acude en su socorro: la caridad, esta hermosa virtud que no repara en peligros cuando de auxiliar al prójimo se trata, arrancará tres nuevas víctimas á la insaciable voracidad del Océano.

La nota dramática domina en todo el cuadro de Morlón: las actitudes de los náufragos, en cuyas caras se adivinan los padecimientos sufridos apenas borrados por la esperanza de una salvación próxima; las siluetas de los salvadores que desde lejos hacen señales advirtiendo su presencia, y la grandiosidad del lugar en que la escena se desarrolla, dan un interés especial á ese hermoso cuadro de Morlón que tan brillante papel representó en el Salón de París de 1889.

LOS DESEOS DE CASIANO

(Conclusión)

En el momento en que hizo lo necesario para el logro de su deseo, una criada que había sido niñera de su madre y que á su servicio estaba, corrió como una loca hacia él; le estrechó entre sus secos brazos, y al mismo tiempo que con su desdentada boca le daba un ardiente beso, le dijo:

– ¡Ay, dueño mío, cuánto te amo!

Grandes esfuerzos tuvo que hacer Casiano para librarse de las caricias que le prodigaba la enamorada vieja.

Cuando de ella se vió libre, se encaminó hacia la más próxima ciudad.

Durante el camino iba pensando en los embriagadores y voluptuosos placeres que le aguardaban.

En una de las primeras calles que pisó se halló frente á frente con una hermosísima mujer.

Le dirigió una mirada incendiaria, la requebró de amores y sus palabras melosas y seductoras fueron oídas.

– Te amo con toda el alma, murmuró al oído de la joven y bellísima mujer.

Esta contestó con voz muy baja y con las mejillas teñidas de rubor.

– También yo te amo.

El corazón parecía que quería salirse del pecho de Casiano al oir aquella dulce confesión.

No pudiendo resistir á los impulsos de sus ardientes deseos, fué á estrechar entre sus brazos á la apasionada joven; mas no contó con la huespeda, ó hablando con más propiedad, con el huésped.

La joven tenía dueño y el joven tenía un brazo vigoroso y poseía un nudoso garrote.

Quiso la mala suerte de Casiano que pasara en aquel momento por allí; y al ver que alguien se disponía á abrazar á su mujer, enarboló el palo y lo dejó caer sobre las espaldas de Casiano con todas sus fuerzas.

Dió éste un grito de dolor; y sin pensar en nuevas conquistas amorosas, emprendió una veloz carrera, que no dió por terminada hasta que se vió á la puerta de su granja.

Allí le recibió su horrible criada, quien nuevamente le ofreció su amor, y estrechándole entre sus brazos con fuerza impropia de sus años, y que le daba sin duda la pasión, estuvo en poco que no le ahogara.

Libróse de ella Casiano, se dirigió al lugar en que tenía los huevos, y arrojando con gran rabia uno de los que quedaban contra la pared, gritó:

– ¡Maldita sea mi suerte! Quiero que ninguna mujer me ame.

Cualquiera creería que después de todos estos percances, Casiano rompió sus huevos sin desear nada y que se dijo: Si antes no logré lo que deseaba, en cambio ni oí silbar las mortíferas balas junto á mi oído, ni fuí apaleado, ni lo demás que me pasó: conque váyanse los huevos al infierno, y Casiano nací y Casiano me hallo.

Esto hubiera aconsejado la prudencia á cualquiera; pero Casiano no era un cualquiera, sino un imbécil de marca mayor de clase extra, y no se le vino á las mientes semejante idea.

Para él no se había escrito el refrán que dice: «De los escarmentados nacen los avisados»; así que poco tiempo después de la última aventura, púsose á pensar en un nuevo deseo.

Pensó y pensó, y reflexionando en todo lo que había sido vino á caer en la cuenta de que para ser feliz no necesitaba más que ser rico; pues que el dinero tiene el poder de realizar todos los deseos, con lo cual para nada necesitaba los huevos.

– Uno solo me basta, dijo: romperé los otros para no caer en la tentación de cambiar de estado.

Después de bien madurado este proyecto, se fué en busca de los huevos milagrosos, que encerrados tenía en un antiguo arcón, en el cual guardaba también su ropa de los domingos.

No había tenido el cuidado de contar los que había roto, así es que no le extrañó ver sobre sus chaquetas de negro y fino paño tres huevos tan sólo.

Los cogió, y sin pensar en más, los arrojó contra el suelo diciendo:

– Quiero ser rico, muy rico.

Su deseo fué cumplido.

Casiano fué poderosísimo.

En la cueva de su casa halló cién tinajas llenas de monedas de oro.

Con aquel dinero compró Casiano, casi todas las tierras de su provincia y fué el mayor hacendado de cuantos había á mil leguas á la redonda.

– Al fin acerté, se dijo; y por algún tiempo los hechos vinieron á darle la razón.

Todos sus gustos los satisfacía.

Comía opíparamente.

Dormía en mullido lecho.

Todos le respetaban y saludaban, con lo cual veía satisfecha su vanidad.

Si hablaba, sus necedades eran celebradas.

Un día pensó en que para ser completamente feliz, no le faltaba sino el amor de una mujer. Solicitó á la más linda del pueblo y fué correspondido por ella.

Creyóse amado y disponíase á casarse, cuando cierta noche se le ocurrió ir á rondar la casa de su novia á una hora á que no acostumbraba á *hacer el oso*, de esa manera; que de otra, lo hacía á todas las horas del día y de la noche.

Al llegar al extremo de la calle en una de cuyas casas habitaba su prometida, le pareció ver al fin de la reja un bulto.

Acercóse cautelosamente, y ocultándose en el quicio de una puerta próxima á la reja, oyó que su novia decía:

– ¿Y qué he de hacer, Sebastián mío? Yo soy pobre, tú lo eres también; mis padres y la necesidad me obligan á casarme con el bruto de Casiano, á quien aborrezco; pero ¡qué importa que me case si siempre seré tuya!

Casiano no quiso oir más, y naturalmente, renunció al matrimonio por aquella vez y para siempre; pues ya desde entonces imaginó que cuantas mujeres le decían amores, codiciaban sus tesoros, pero no su persona.

Con gran dolor renunció al amor, y por la misma razón renunció también á la dulce amistad; pues su suspicacia le hacía ver codiciosos en cuantos se le ofrecían como amigos.

Su vida fué, por lo tanto, triste, muy triste.

Agrióse su carácter, y de comunicativo y risueño que era se convirtió en tosco y sombrío.

Huyó de todo el mundo, y todo el mundo huyó de él.

La soledad y el despecho le hicieron cruel.

Trataba á sus criados con dureza. Si alguien se acercaba á solicitar de él un favor, no tan sólo se lo negaba, sino que le miraba con desprecio y le despedía con malos modos.

Esta conducta había de producir sus consecuencias naturales.

El rico Casiano fué odiado por todo el mundo.

Un día hallábase encerrado en el cuarto en que estaba el antiguo arcón, en el cual había guardado los huevos causa de su desdicha, y pensando en ella, lloraba amargamente y maldecía de aquellos huevos que á tal estado le trajeron.

De pronto sintió unos golpecitos en los cristales de una ventana que la habitación tenía, golpecitos que se repitieron varias veces.

Quiso saber quién los daba, se levantó, acercóse á la ventana y vió que una golondrina era la que con su pico repiqueteaba en los cristales.



EL PINTOR WATTEAU Y SU AMADA, cuadro de Fernando Heilbuth

Al punto la reconoció Casiano.

Era la golondrina que le diera los huevos que cumplieron sus deseos.

Abrió Casiano la ventana y entró la golondrina.

– Quise hacerte feliz, dijo, y te dí medios sobrados para ello.

Hoy, teniendo cuanto deseaste, lloras y te quejas de tu suerte.

Mereces lo que te pasa.

– ¿Y qué daño hice yo?, preguntó Casiano, ¿por qué el genio que quiso protegerme, en lugar de darme unos huevos que causaron mi desdicha, no me inspiró el medio de ser feliz?

– Gracias á Dios, replicó la golondrina, que al fin una vez hablaste con discreción. Voy á referirte la causa de tus males.

Poseías cuanto en la tierra se necesita para ser feliz, un cuerpo sano y vigoroso, una ascendencia honrada, una conciencia limpia y una modesta hacienda. A pesar de poseer todos estos bienes inapreciables, te creías desgraciado porque todo lo deseaste. ¿Y sabes por qué nacieron en tu alma tan necios deseos? Porque vivías entregado al ocio.

Hubieras trabajado, y tus únicos deseos hubieran sido descansar después del trabajo y obtener los frutos de tu actividad.

– Razón tienes, golondrina amiga. La pereza fué la causa de mis desventuras. Si hoy poseyera uno de aquellos huevos, ¿sabes lo que pediría? Hallarme como antes de tenerlos, sin estos desengaños y amarguras en el alma. Pediría más fuerzas de las que tenía, y trabajando sería feliz. Golondrina amiga, ¿por qué no me das un huevo de aquellos?; uno solo, yo te lo suplico, y tú verás cómo cumplo lo que prometo.

– Es inútil que ruegues; el genio á quien obedezco no permite que te haga nuevos favores; mas si como dices serías diligente si tuvieras un solo huevo, trata de serlo, piensa, recuerda y quizá logres lo que deseas.

Dijo esto la golondrina, y saliendo por la abierta ventana emprendió rápido vuelo y en breve desapareció de la vista de Casiano.

– ¡Que piense! dijo éste, ¡que recuerde! ¿Y qué he de recordar? ¡Mis desdichas! Voy á recordarlas todas. ¿Qué empleo dí á los huevos? Uno para ser general, otro para dejar de serlo; para ser rey, el tercero; para no serlo, el cuarto; para ser amado por todas las mujeres, el quinto; para no serlo, el sexto, y tres que rompí para ser rico: seis y tres nueve. Pues está mál la cuenta. Volvió á repetirla y no salían más que nueve.

– ¿Qué hice yo del otro huevo?, se preguntó.

– ¡Ah! ¡Qué idea! Comprendo lo que quiso decirme la golondrina. Sí, esto debe ser. Y presurosamente buscó en el arcón y halló el huevo que faltaba y que estaba oculto entre la ropa de Casiano, que éste dejó de usar cuando se vió rico.

Casiano besó una y mil veces el huevo.

Al fin se decidió y dijo:

– Quiero ser el Casiano que fuí, pobre como era, vigoroso como era, y prometo desechar la pereza. ¡Rómpete huevo y hazme feliz!

Y como por ensalmo vióse tal cual había sido, y para que nada variara, tendido en el suelo á la sombra de la higuera.

Levantóse con presteza, y habiendo cumplido su promesa fué feliz, como en este momento lo es el autor que después de escrito este cuento se dispone ahora á descansar y espera obtener el premio de su trabajo, premio que será muy sobrado si llega á saber que es del agrado del lector.

JUAN ROA

DOS OCASOS

I

Subió á todo correr la estrecha vereda que, retorciéndose entre pinos, conduce á la cima de Montoto, y al llegar á lo más alto, detúvose un momento para descansar de aquella carrera desatinada que había puesto en completo desorden los ya no muy ordenados cabellos rubios, y había teñido con los colores de la amapola su carilla sonrosada y morena. Después, respirando fatigosamente, pero sin amenguar en nada el paso menudo y rápido, deslizóse, más bien que bajó, por la pendiente del montecillo, y en vez de seguir la carretera que, describiendo curvas y más curvas, llega hasta la puerta misma del palacio de Amenilla, internóse en los maizales, sirviéndole de camino uno de los surcos que allá, en la época de la siembra, había trazado la reja del arado.

Y corriendo siempre, casi oculta por las verdes cañas del maíz, que al ser azotadas por el cuerpo de la rapazuela, producían chasquidos como de espadas que se quiebran, llegó al extremo del plantío, saltó por un vallado de mal unidas piedras á la carretera, y entró en el portalón del palacio.

La viejecilla flacucha y menuda que servía de portero á los condes de Amenilla, llegóse á Carmela, y antes de que ésta preguntase nada, empezó á referirle en voz queda, muy queda, – cuidando sin duda de que aquellos sonidos temblones que emitía su escuálida garganta no traspasasen los límites del portalón y fuesen á alterar con su ruido el silencio profundo que reinaba allá arriba, – el drama terrible que se desarrollaba en el palacio, drama que la señora Manuela describía con lágrimas más que con palabras.

– El señorito se moría... D. Ramón, el médico de Ceneira, había dicho que quizás antes de la noche...

No: no concluyó la frase, ni era necesario, pues bien la entendió Carmela, que rompió á llorar desconsolada. Y la señora Manuela, entre sollozos, continuaba refiriendo aquel drama doloroso, como si gozase en hacer partícipe de su pesar á la pobre aldeanilla.

– El médico, D. Ramón, estaba en la alcoba de don Luis desde por la mañana temprano... Había comido en el palacio, lo mismo que el señor Cura, que aguardaba á que el médico dispusiese la administración del último sacramento al moribundo... La señora ¡pobrecilla! blanca como una difunta, no hacía más que llorar, llorar, sin que todos sus esfuerzos fuesen bastantes á contener aquel río que de sus ojos desbordaba... ¿Y el conde? Allá, en el gabinete contiguo á la alcoba del señorito Luis, podía encontrársele, paseando muy de prisa, la cabeza caída sobre el pecho, fruncido como nunca el ceño... Algunas veces deteníase en sus paseos, fija la mirada en un punto con fijeza extraña; después, pasábase la mano por la frente, apretando ésta con movimiento convulsivo, y volvía á aquel andar rápido, nervioso, incansable... ¡Dios tan sólo podría decir quién de aquellos dos seres sufría más: si el hombre que, al recibir el golpe en mitad del corazón, manteníase enhiesto, sin exhalar una queja, terrible en su sombrío silencio, ó la mujer que, abandonándose á su inmensa pena, creía encontrar algún alivio con aquellas lágrimas de fuego, que ¡ay! más que aliviarla, la abrasaban el pecho con su ardiente rescoldo!

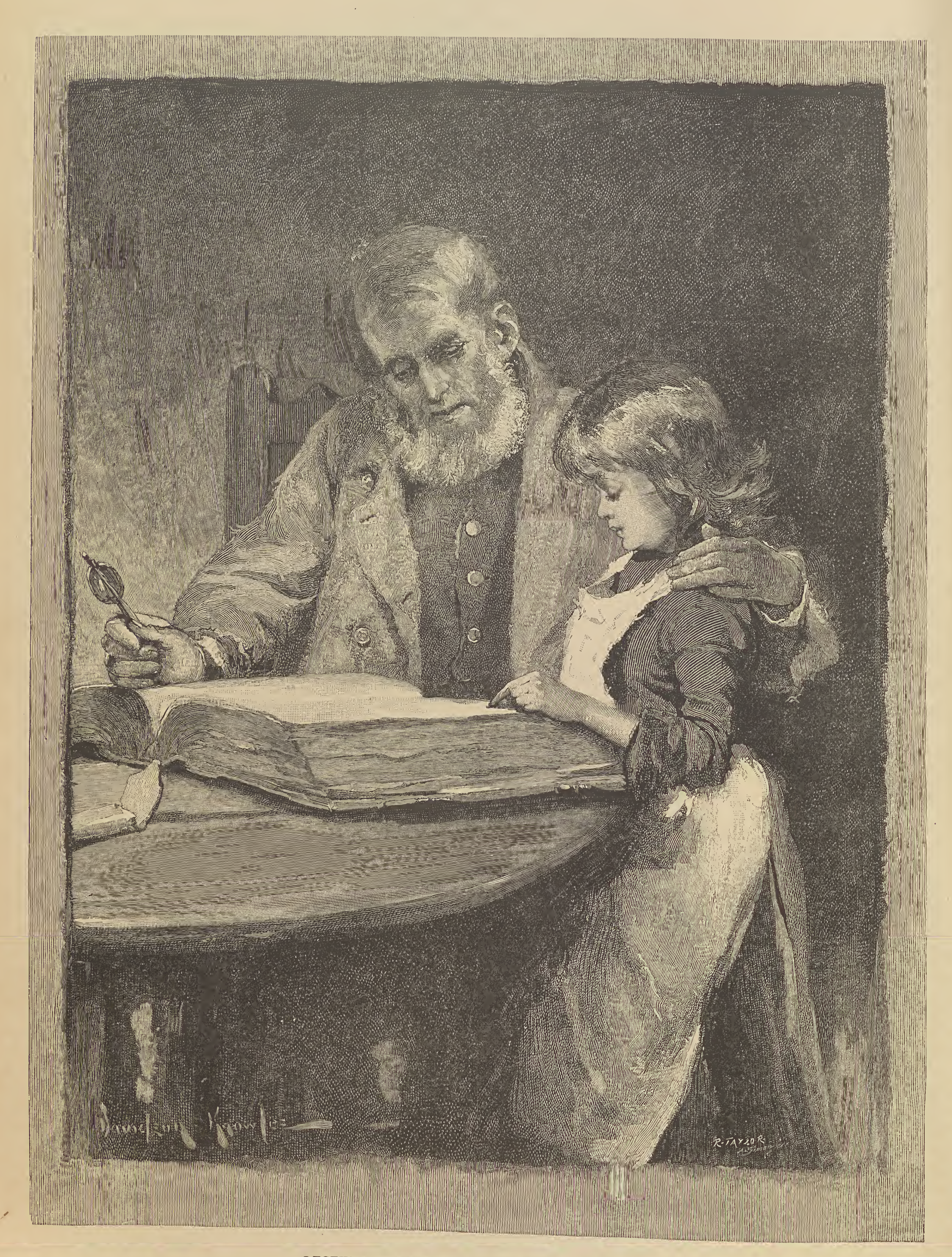
Entre tanto, en la alcoba extinguíase lentamente, sin convulsiones, ni dolores, una vida... ¿Quién sabe por qué?... La ciencia, por boca de su representante el médico de Ceneira, habíase declarado impotente, no tan sólo para vencer el mal, pero también para conocerlo y determinarlo... Y el señorito moría sin que ni sus padres ni D. Ramón pudiesen atinar con lo que le mataba. ¡Terrible incertidumbre que hacía más cruel el dolor de los condes, á quienes, por una de esas ilusiones que la esperanza forja en el corazón humano, figurábaseles que de ser conocida la enfermedad de Luis, no fuera difícil encontrar un medio de detener á aquella muerte implacable, que avanzaba lenta, pero seguramente, marcando con su dedo siniestro el rostro del joven heredero!

Tendido entre las blanquísimas ropas que cubrían el pesado lecho de palo santo, hallábase el hijo de los condes. Bien podía leerse en su faz, casi amarilla, en los círculos violados que rodeaban sus ojos, y sobre todo en aquella respiración fatigosa, intermitente, y tan débil que apenas agitaba las sábanas de finísima holanda, el triunfo de la muerte sobre una naturaleza joven y viril, triunfo arrancado casi por sorpresa, y de consiguiente sin esas luchas prolongadas que sostiene el organismo robusto antes de declararse vencido. Breves días habían bastado para que aquel señorito de ojos dulces y rostro de corte y matices femeninos, rostro cuya delicadeza contrastaba con el vigor del cuerpo, de musculatura acerada, cayese rendido por los golpes seguros de una dolencia desconocida, que se insinuó traidoramente hasta apoderarse por completo del organismo, y aun entonces no se dió á conocer, cual si temiese perder su presa descubriéndose.

No la perdió, no. Que aquella misma tarde, á la hora en que el sol plegaba su manto de grana y oro, iluminando con los pálidos colores de un ocaso otoñal el palacio de Amenilla, otro ocaso, el de una vida que parecía estar en su cenit, sumió en densas obscuridades el corazón de los condes. De los montes, tras los que el astro diurno había ocultado su rojo disco, empezaban á descender sobre el valle las tinieblas de la noche. En medio de ellas, pronto brillarían como diminutas partículas de un inmenso sol, desparramadas por el azul del cielo, las estrellas de luz titilante y dulce: ¿qué estrellas podrían brillar ya en los corazones á quienes la muerte había arrebatado, con la vida de un hijo único, toda esperanza de consuelo?...

II

Murmuraron los labios quedamente el último *pater noster*, y la pesada losa de mármol cayó sobre el nicho que encerraba los restos mortales de Luis Amenilla. Aquella losa parecióle á Carmela que caía también sobre su corazón, ahogándole; sintió una ola de angustia que subía, subía, hasta arriba hasta llegar á la garganta, y aquí deteníase un momento amenazando asfixiar á la pobre niña, y al fin llegaba á los labios rompiéndose en un



LECTURA DE LA BIBLIA, cuadro de Davidson Knowles



NÁUFRAGOS Y SALVADORES, CUADRO DE MORLON

(Salón de París de 1889)

sollozo interminable, grito de agonía de una alma desgarrada por las punzas agudísimas de una pena sin consuelo!...

No: nunca había sentido una cosa como aquella. Es cierto que al morir su madre, lloró mucho, mucho!... pero no lágrimas tan amargas como las que ahora abrasaban sus mejillas. Las que lloró por su madre habían ido aliviando su corazón poco á poco: éstas caían sobre él atravesándole, como menudas y copiosas gotas de lluvia de fuego, y concluyendo al fin - á Carmela al menos así le parecía - por rompérselo en mil pedazos. Y esto con dolores tales en el cuerpo y en el alma, con tan terribles sacudimientos de la carne, que sin duda era preferible la muerte á aquel sufrimiento sin medida.

¿Y quién podría aliviar la hondísima pena que laceraba el pecho de la rapazuela? Por primera vez en su vida sintió Carmela las angustias inacabables que la soledad produce. ¡Y ella estaba sola! Sin padres desde los primeros años de su vida; viviendo gracias á la caridad de los vecinos que tomaron sobre sí el cuidado de sostener á la rapacilla misérrima; creció, creció como crecen las alondras, sin más ansias que cruzar el campo con sus ligeras alas, y entonar himnos de gratitud al autor de todas las cosas, y saludar al sol y á las flores con trinos dulcísimos de armonía jamás aprendida, y no por eso menos grata.

¡Cómo recordaba ahora la primera vez que el hijo de los condes de Amenilla y ella se hablaron! Fué en Montoto. Encontrábase él sentado en una piedra que la Naturaleza había colocado en la falda del monte, sin duda para que los niños fatigados encontrasen reposo en su loco juguetear de volubles mariposas.

Disponíase ella á merodear por las numerosas zarzas que bordaban la falda de Montoto, en busca de aquellas negrísimas moras que la tentaban con sus colores aterciopelados. Y no se atrevió ya. Quedóse contemplando con sus ojazos negros muy abiertos á aquel niño blanco y rubio, de cabellera rizada y ojos azules, de mirar dulcísimo, impregnado de melancolía impropia de sus años. El á su vez clavó la vista en Carmela, y ambos recelosos, sin atreverse á salir de cualquier modo de la situación embarazosa en que se encontraban, permanecieron en muda contemplación un buen rato. ¡Buenas ganas que se le pasaban á Carmela de huir, á campo travieso, á todo el correr de sus delgadillas y ligeras piernas! Pero para ello necesitábase más valor que para subir á los altos picachos de Montoto en busca de nidos, y por otra parte la simpática fisonomía de Luisito atraía insensiblemente á Carmela, y al fin... No recordaba quién había sido el héroe de aquella jornada; pero sí que al regresar á Amenilla el futuro conde y la andrajosa aldeana, eran dos amigos tan íntimos, como si en toda su vida hubiesen hecho otra cosa que saltar juntos, y juntos descansar sobre la alfombra suave, tupida, con que el campo les brindaba.

Desde entonces lo hicieron. La planta de invernadero de colores pálidos y piel finísima, aterciopelada, unió sus ramas y sus perfumes con la rústica mata del campo, fresca, de color brillante y con la piel llena de las asperezas que le habían comunicado los elementos que libremente la combatieron. Pero no lastimaron tales asperezas á la sensible compañera. ¿Dónde encontró la ignorante hija del campo aquellos matices delicados, aquellas suavidades que supo desplegar en tal sazón, con tal oportunidad, que envidiaría el más pulido cortesano? Nadie podría decirlo: porque ¿qué sabemos nosotros de esas cosas, si ni la misma Carmela se daba cuenta de ellas?

Y todo pasó... ¡Pasó! La adolescencia con sus pasiones y sus instintivos poderes, y ¡ay! también con sus recelos, vino á turbar los sueños dorados y tranquilos de la infancia. Afirmó el cariño en el corazón de Carmela, pero comunicóle también suspicacias que mataron aquella franqueza de antaño.

Por entonces, Luis, en quien la pubertad, respetando la delicadeza del rostro blanco y lleno, había afirmado las severas líneas del cuerpo, y dado á éste una robustez que convirtió la planta de invernadero en vigoroso arbusto, empezó á ausentarse de Amenilla todos los inviernos. Iba á Samposte á estudiar, y no regresaba hasta los últimos días de junio. Y estas ausencias, lejos de entibiar el cariño en el corazón de Carmela, arraigáronle más y más con esa firmeza que las contrariedades prestan á los afectos verdaderos. No sucedió lo mismo con el hijo de los condes. En el corazón de éste trocóse el cariño de antes en un sentimiento de simpatía y lástima hacia la compañera de la infancia, sentimiento que no ahondó mucho en el pecho de Luis, ni inspiró al mancebo inquietudes ni recelos. Sufríalos, sí, Carmela, que con su poderoso instinto de mujer y amante, comprendía bien que no era el querer de Luis aquel querer de ella, único, absorbente, y que sólo podía satisfacer sus ansias considerarse dignamente correspondido por otro afecto de la misma naturaleza. ¡Cuánto lloró entonces la pobre huerfanilla!

Y al recordar aquella época de dolores y torturas, la conciencia de su actual situación, un momento obscurecida por las memorias de tiempos que tan lejanos le parecían ahora, surgió en la mente de Carmela, clara, con una claridad de luz meridiana. Miró en torno suyo y tuvo miedo. Hallábase sola, completamente sola, en la morada de los muertos, y los sauces que cubrían con su sombra la bendecida tierra, murmuraban con el vientecillo que blandamente azotaba el frondoso ramaje terribles leyendas de almas en pena, que Carmela oía allá dentro de su cerebro, agitado por tantas y tantas emociones y recuerdos. Salió á todo correr del cementerio, y sin descansar un punto llegó á Amenilla...

Allí se detuvo contemplando el silencioso palacio de paredes negras. ¡Qué bien cuadraba aquel color sombrío á las tristezas que dentro del palacio habían hecho su asiento para jamás abandonarlo!

El sol hundióse lentamente tras los picachos de Montoto, y su luz otoñal prestaba á la sombría mole colores de palidez de muerte. A aquel ocaso del rey de los astros acompañaba otro: ¡el de las ilusiones que morían en el corazón de Carmela! Las tinieblas que comenzaban en aquel momento á tender sus fúnebres paños por el valle, disiparíalas al día siguiente la aurora: ¿qué aurora podría deshacer en el corazón de la sencilla hija del campo las sombras que sobre él acumuló la muerte del único ser amado, del único por quien ella había sentido ese cariño que, aun sin ser correspondido, encuentra en la vista, en el trato de la persona amada, goces y dulzuras de que la muerte privó para siempre á la doncella?...

Salvador Cabeza León



PETIMETRE, cuadro de R. Reinicke

BELLEZA POSTIZA

Afán ha sido siempre de la mujer realzar su natural belleza, pareciéndole que la que, *gratis data*, le otorgó naturaleza, no alcanzaba todos los quilates que vislumbraba su imaginación, y en todos los tiempos ha tenido la pretensión de enmendar la plana á Dios con afeites, jalbeques y menjurjes.

Tal vez alguna piense que, como

Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

según nos aseguran moralistas cejijuntos, enamorados de lo viejo, el pintarse y embadurnarse es efecto de la depravación del siglo que corre á su fin, y que en los anteriores las damas presentaban su rostro á cureña rasa, sin otro adobo ni realce que la suavidad de su cutis, el carmín de sus labios y la blancura de su epidermis; pero á fe, á fe que no fué así; antes al contrario, hubo tiempo en que dieron quince y falta las damas al uso á las que hoy se sirven de cosméticos, cremas y vinagrillos.

Pasemos, si no, una rápida revista por los tocadores de los siglos XVI y XVII y podremos henchir las medidas con las observaciones que habremos de recoger á manos llenas las lectoras y yo.

Como las costumbres han sido distintas con los tiempos, no era entonces en las *perfumerías*, aunque no dejaba de haberlas á la usanza en la corte, donde las damas se surtían de confecciones varias con que acicalar su rostro y manos.

Había mujeres que á ello se dedicaban yendo de casa en casa, y como las tales solían ser no nada reservadas, un tantico chismosas y algo y aun algos correveidiles, amén de terceras, con puntas y collares de zurcidoras de voluntades, constituían el objeto del odio y animadversión de padres, hermanos y maridos, que en más de una ocasión tuvieron razón sobrada para abominar de ellas.

Prototipo de las tales fué por largos años, supuesto se dió á luz en el de 1499, la célebre *Celestina*, cuyo nombre desde entonces significó por antonomasia lo más que había que ser en el chisme, enredo y tercería.

Ella, según escribió el autor del libro, «hacía solimán, afeites cocidos, argentadas, bujeladas, cerillas, lanillas, melenillas, lustres, lucentores, clarimentes, y otras aguas de rostro...», y no copio sus demás gracias, porque no podrían ciertamente sufrirlas vuestros púdicos oídos; pues eran tales, que ella misma conocía que «si con el hurto era

tomada, nunca de muerta ó encorozada faltaba, á bien librar.» (Actos I y IV.)

Eran también llamadas estas tales *quitadoras de vello*, porque habían inventado la más diabólica ocurrencia que imaginar se puede para alivio y mejoría de aquellas damas á quienes la naturaleza había hecho harto hombrunas y un si es no es bigotudas y vellosas.

Aunque hoy parezca cosa inverosímil, era lo cierto que las tales usaban para rapar á las que aquellas sobras debían á la naturaleza, no navajas ú otros acerados instrumentos, sino casquillos de vidrio, con los que las pacientes sufrirían algo parecido al martirio de San Bartolomé; pero era por su gusto, y con su pan se lo comían.

Describiendo esta operación un escritor del siglo XVII (1), dice: «Siéntase muy á su gusto (la rapadora) y saca una cestilla de *vidrios quebrados*...... Coge luego entre sus manos una pretendiente á la hermosura, y sobre sus faldas la acomoda la cabeza. Vala quitando el vello y el bozo, si tiene cañones le echa un hilo, con que la va repelando, que se puede creer que sufre por gusto lo que no hiciera por penitencia.»

Confirma esta costumbre el donoso dicho de Quevedo, cuando refiriéndose á tales sabandijas domésticas, escribía en uno de sus romances:

Quito mujeres que *rapan*
Con orinales mejillas,
Aunque hay rostro que de *bello*
Tiene sólo el que le quitan.

Que tales mujeres entraban en las casas como á hurto, lo demuestra asimismo un pasaje de cierta comedia, cuando viendo un galán salir una mujer tapada de casa de su amada, se expresan así amo y criado:

LISARDO

¿Quién esa mujer será?

HERNANDO

¡Qué sé yo! Alguna criada
De una amiga, *una que quite*
Vello, una que mudas haga,
Una que muela cacao,
Una que destile aguas,
Una que venda perfumes,
Una que aderece enaguas, etc.

(Calderón: *Antes que todo es mi dama.* Jor. I, esc. XIII.)

Cervantes atribuyó también á tales mujeres las mañas que apuntadas quedan, cuando por boca de la condesa Trifaldi expresó: «Que puesto que hay en Candaya mujeres que *andan de casa en casa á quitar vello* y á pulir las cejas, y á hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas.» (Parte II, cap. XL.)

Los untos y drogas para embellecer eran entonces llamados en general *mudas*, vocablo hoy enteramente perdido en esa acepción.

Jugando del vocablo, decía Tirso de Molina, encarándose con las mujeres:

Son *mudables*, ¿qué queréis
Si, en señal deso, os ponéis
En la cara tantas *mudas?*

(*El Vergonzoso en palacio.* Act. I, esc. IV.)

El mismo poeta hace decir á una aldeana, aludiendo á las damas de la ciudad:

SANGHA

¿No somos acá personas,
Aunque andemos sin valonas,
Libres las caras de *mudas*,
Y sin sayas campanudas,
Como aquesas fanfarronas?
¿Ella á mí había de honrar
Porque *trae una botica*
En la cara que alquilar,
Y se remilga y achica
La boca cuando ha de hablar?

(*Averígüelo Vargas.* Act. I, esc. I.)



PETIMETRA, cuadro de R. Reinické

El pobre Sancho Panza, cuando para volver la existencia á Altisidora, hubo de pasar por las *mamonas* y *pasagonzalos* de tanta y tanta dueña, á que el redomado escudero tenía tanta ojeriza como el boticario toledano, se desquitaba con decirles: «Menos cortesías, menos *mudas*, señoras dueñas, que por Dios que traéis las manos oliendo á vinagrillo.» (Parte II, cap. LXIX.)

De las manos de cierta buscona dijo Quevedo:

Que á quien las mira son nieve,
Y *jaboncillos* y *mudas*
Cuando de cerca las huele.

(*Romance.*)

Con más ingratos olores hallaba semejanza Don Francisco á los ungüentos y redomas del jalbeque, con que tropezó al ocultarse en el camarín de una moza del agarro:

Sin luz, entre trastos
De jarros y ollas,
Al infierno vine,
Dejando la gloria:
La nariz olía
Una misma cosa,
Entre los servicios
Y entre las redomas.

Entre esos jaboncillos entonces en uso, ocupaba lugar privilegiado el *Jabón Napolitano*, y con una redonda pella del mismo fué jabonado gentilmente don Quijote por mano de la desenvuelta Altisidora, á poco de llegar al castillo de los duques.

Por cierto que justifica el gran predicamento en que aquel jabón era tenido, que hoy es el día que en la Biblioteca Nacional se guarda la receta para confeccionarle (Códice L. – 126), según la cual se componía de jabón de Valencia rallado, salvado de trigo y agua de cisterna, en la que aquellos y otros ingredientes debían de cocerse.

Y ¿qué diré del *Agua de Angeles*, preconizada también por Cervantes, y más conocida entonces que hoy pueda serlo la de Colonia del mismísimo Juan María Farina?

Con razón echaba de menos Sancho Panza que los maleantes pícaros de cocina del palacio de los Duques no la empleasen en sus barbas, en vez de la *lejía de diablos*, con que se empeñaban en lavárselas. (Parte II, capítulo XXXII.)

En *El casamiento engañoso* mentó asimismo Cervantes el Agua de Angeles, cuando decía el alférez: «Que sus camisas, cuellos y puños eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían bañadas en la *Agua de Angeles* y de azahar que sobre ellos se derramaba.»

También de este perfume se guarda fórmula en la Biblioteca Nacional (L. – 128), según la que entraban en su composición rosas encarnadas y blancas, trébol, espliego, madreselva, azahar, azucenas, tomillo, claveles y corteza de naranja. Por cierto que esta y otras recetas de afeites y golosinas se atribuyen á muy principales damas, de las cuales algunas son de catalana estirpe, como Doña Catalina de Cardona y Doña Isabel de Centellas.

Pero no extrañará que las mujeres que vivían en el mundo y sus devaneos tuviesen cuidado de saber destilar por sí mismas estas confecciones destinadas á embellecerlas, cuando sepamos que las vírgenes recluídas en el claustro, las monjas de entonces, en una palabra, llevaban fama de ser destrísimas en preparar aquellas quintas esencias del *vanitas vanitatum.*

A este propósito decía un escritor contemporáneo:

Lejía de cabellos, de rasuras,
Y de mil otras cosas, ¿quién, hermanas,
Hacer como vosotras ha sabido?
¿Quién las aguas del rostro soberanas,
Serenadas, coladas, limpias, puras,
Que cristal me parecen derretido? (2).

Hasta las *reverendas viudas*, dice un cierto fraile que escribió un libro nada menos contra los *detestables abusos de los afeites* (3), se perfumaban con ámbar, almizcle ó algalia, olores entonces muy del gusto de las gentes de cuenta.

Oler bien denotaba ser persona de cierta categoría; así Sancho Panza no podía convencerse de que fuesen diablos los que habían enjaulado á Don Quijote, sobre todo uno de ellos, «porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y otros malos olores, pero éste huele á ámbar de media legua»; y añade por su cuenta el buen Cide Hamete: «Decía esto Sancho por Don Fernando, *que como tan señor*, debía de oler á lo que Sancho decía.» (4)

Zabaleta, en su *Día de fiesta por la tarde*, hace mención de un triste aprendiz de guantero, que al salir para la romería metió los dedos en el almizcle y limpióselos en el vestido, para que el perfume le autorizase, y de ese modo, como dice el autor, «lleva un olor consigo *venerable* y agradable.»

Una de las drogas de que más echaron mano las mujeres, en especial las morenas, para embadurnar su semblante, fué el albayalde, que vulgarmente se decía *solimán*, y como se llamó así, ó á la menos se castellanizaba con el nombre de *Solimán*, el que llevó el famoso emperador de

(1) Francisco Santos: *Día y noche de Madrid*, Discurso VIII.

(2) Antología que existe manuscrita en dos volúmenes en la Biblioteca universitaria de Zaragoza.

(3) El Padre Tomás Ramón, en su *Premática de Reformación.* Zaragoza, 1635.

(4) Parte I, cap. XLVII.



CORONA DE HIERRO DEDICADA POR BARCELONA Y LA COLONIA ITALIANA BARCELONESA Á LA MEMORIA DE DON AMADEO DE SABOYA, EX REY DE ESPAÑA

Fabricada en los talleres de los señores Masriera y compañía

Constantinopla, competidor de Carlos V, no quisieron más los poetas para jugar del vocablo y revolver un solimán con otro.

Así dice Quevedo:

Que no tenga por molesto
En doña Luisa don Juan
Ver que, á puro *solimán*,
Traiga medio *turco* el gesto,
Porque piensa que con esto
Ha de agradar á la gente,

Mal haya quien lo consiente.

En la comedia *El privilegio de las mujeres* (1), hablando de la pragmática contra los afeites, dice:

Las morenas, que afectando
Blancura añadida, hicieron
Constantinopla su cara
Del *bajá Solimán perro*,
Ya salieron tapetadas, etc.

(Jor. I, esc. V.)

En la comedia de don Francisco de Rojas *El desafío de Carlos Quinto*, contendiendo á chistes el gracioso y la graciosa, dicen:

MARI – BERNARDO

Yo traeré el turco primero
Que me hallare más á mano,
Y traeré, si no le encuentro,
Turco que aún no esté engendrado,
Traeré al mismo *Solimán.*

BUSCARUIDO

El *solimán* he pensado
Que para tu mala cara
No te ha de hacer mucho daño.

(Jor. II, esc. II.)

Muchos más ejemplos de tales equívocos podría aducir, si no temiera ser prolijo, y larga tarea pudiera seguir llevando sobre afeites femeniles de este tiempo que relato, pero hay que colgar la pluma en la espetera, en vista de las dimensiones que este escrito ha tomado y porque lo ya apuntado basta para que las lectoras se convenzan de que no es nuevo, ni tampoco más excesivo que antaño, el empleo que hoy hacen de la mano de gato para realzar sus gracias ó falsificar las que les negó la, para las feas, madrastra Naturaleza.

JULIO MONREAL.

(1) De tres ingenios, uno de ellos Calderón.

MÁQUINA PARA CALCULAR

DE MR. LEÓN BOLLÉE

Todas las máquinas para calcular hasta ahora inventadas fundábanse en el método diferencial. Supongamos, por ejemplo, que había que multiplicar 756‘48 por 98‘7; pues bien: la máquina tenía que sumar primero 7 veces el número 756‘48, luego – después de llevar el índice á las unidades, – hacer 8 veces la suma del mismo número, y finalmente repetir otras 9 veces la operación para las decenas: total, 24 operaciones.

La máquina de Mr. León Bollée hace el mismo cálculo en tres operaciones, porque procede por multiplicaciones directas, calculando las centenas antes que las decenas, éstas antes que las unidades, y el número que debe llevarse antes que la cifra que ha de escribirse. Otra ventaja no menos importante de esta máquina es que cuando el número es decimal la comilla aparece puesta automáticamente en el resultado.

Consta de dos partes muy distintas, el calculador y el receptor, el primero colocado en la parte delantera é inferior del aparato. En nuestro grabado está indicado con la letra B. Consiste en una especie de caja metálica, en cuya cara superior hay 10 ranuras con muescas numeradas, desde 0 á 9, donde pueden introducirse unos botones fijos en 10 planchas calculadoras, contenidas en el interior de la caja metálica. Cada una de estas planchas es una representación en relieve de la tabla de multiplicar, siendo cada eminencia proporcional á una de las cifras de esta tabla.

El calculador puede correr á lo largo de las reglas AA por medio de un manubrio M, que gira sobre un cuadrante dividido en 10 partes que llevan las cifras 0 á 9. Además, la rotación del manubrio P recibe un movimiento vertical de unos 3 centímetros de amplitud.

El transmisor se compone de pequeñas sondas de acero colocadas por series que ponen en comunicación el calculador con los cuadrantes, sobre los cuales obran por medio de piñones y cremalleras.

Los cuadrantes, en número de 40, están colocados en dos hileras y sus ejes corresponden á los botones que se ven en el grabado (uno de ellos marcado G), y sobre los cuales hay otras tantas ventanas. En éstas aparece uno de los 10 números grabados en cada cuadrante. La línea superior representa un producto, un dividendo, etc., según los casos: en la inferior se inscribe el multiplicador ó el divisor, según que se trate de una multiplicación ó de una división. Cada vez que un cuadrante pasa de 0 á 9 ó de 9 á 0, el aparato de las retenciones aumenta ó disminuye en una unidad la cifra del cuadrante colocado á su izquierda. Por último, la palanca E sirve para poner á 0 los cuadrantes superiores y la E′ los inferiores.

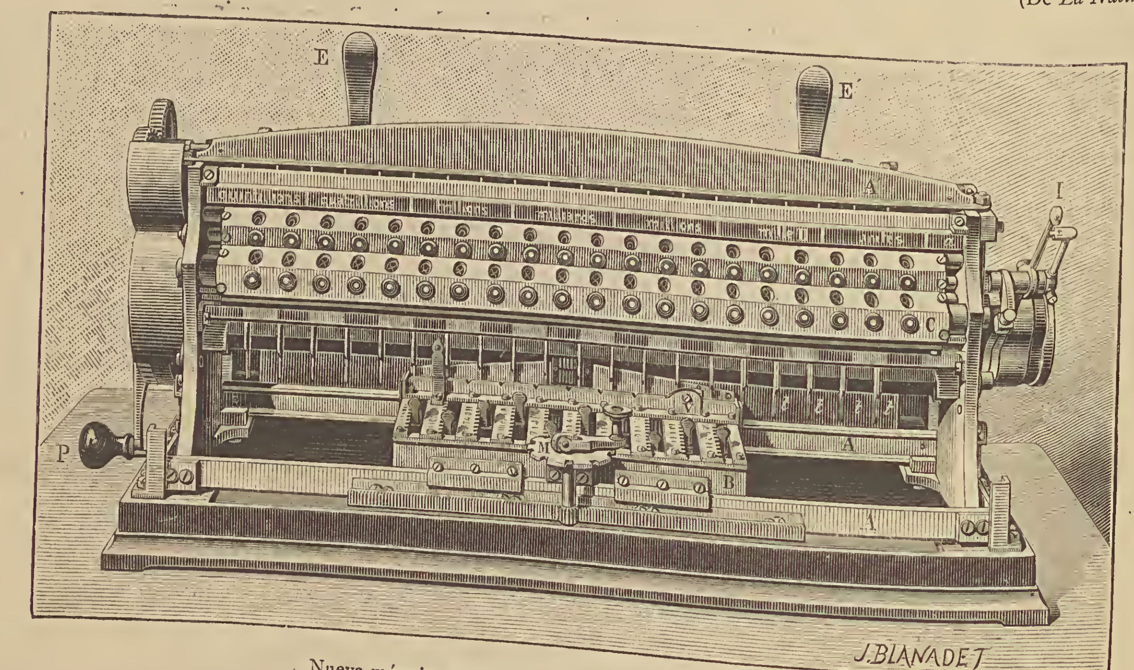
Veamos ahora cómo funciona la máquina y tomemos para ello el citado ejemplo; es decir, 756‘48 multiplicado por 98‘7. Por medio de los botones del calculador se forma la cifra 756‘48 cuidando de empujar la corredera V hasta ponerla delante de la cifra 6 de las unidades; luego, por medio del manubrio M, se escribe el multiplicador, haciendo parar aquél en las muescas 9, 8 y 7, pasando cada vez por encima del 0 y moviéndolo de izquierda á derecha. Después de cada parada se da una vuelta al manubrio P. El producto queda inscrito en los cuadrantes superiores al mismo tiempo que la cifra 987 se inscribía en los inferiores. Entonces se desliza la cinta D de modo que su comilla quede colocada después del 8 de 98‘7, y de este modo el resultado se encuentra dividido en grupos de tres cifras, enteros los unos, decimales los otros, cuyos nombres basta leer en la cinta D.

Por medio de varias combinaciones, la máquina procede también á las sumas, restas, divisiones, cuadrados de números, progresiones y cuentas de intereses.

La extensión de los resultados permite hacer todas las operaciones de la práctica, puesto que en los productos pueden resultar quintillones, y recíprocamente dividir quintillones por billones. Este resultado se obtiene con un 95 por 100 de economía de tiempo sobre el más hábil calculador.

Los que conozcan las antiguas máquinas para calcular, podrán comprender que la que hemos descrito, y cuya solidez es á toda prueba, está fundada en un principio absolutamente nuevo.

(De *La Nature*)



Nueva máquina para calcular, inventada por Mr. L. Bollée

IMP. DE M...